

**Virtudes Humanas**

---

**Para que todos  
se salven**

JOSEMARIA ESCRIVA DE BALAGUER

# CUADERNOS PROA

7

JOSEMARIA ESCRIVA DE BALAGUER

VIRTUDES

HUMANAS

SANTIAGO DE CHILE, 1973

**L**O cuenta San Lucas, en el capítulo séptimo: **le rogó uno de los fariseos que fuera a comer con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se puso a la mesa**<sup>1</sup>. Llega entonces una mujer de la ciudad, conocida públicamente como pecadora, y se acerca para lavar los pies a Jesús, que según la usanza de la época come recostado. Las lágrimas son el agua de este conmovedor lavatorio; el paño que seca, los cabellos. Con bálsamo traído en un rico vaso de alabastro, unge los pies del Maestro, y los besa.

El fariseo piensa mal. No le cabe en la cabeza que Jesús albergue tanta mi-

1. Luc. VII, 36

sericordia en su corazón. Si éste fuese un profeta —imagina— sabría quién es y qué tal es la mujer<sup>2</sup>. Jesús lee sus pensamientos, y le aclara: ¿ves a esta mujer? Yo entré en tu casa y no me has dado agua con que se lavaran mis pies; y ésta los ha bañado con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo, y ésta, desde que llegó, no ha cesado de besar mis pies. Tú no has ungido con óleo mi cabeza, y ésta sobre mis pies ha derramado perfumes. Por todo lo cual, te digo: que le son perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho<sup>3</sup>.

No podemos detenernos ahora en las divinas maravillas del Corazón misericordioso de Nuestro Señor. Vamos a fijarnos en otro aspecto de la escena: en cómo Jesús echa de menos todos esos detalles de cortesía y de delicadeza humanas, que el fariseo no ha sido capaz

---

2. Luc. VII, 39

3. Luc. VII. 44-47

de manifestarle. Cristo es **perfectus Deus, perfectus homo**<sup>4</sup>, Dios, Segunda Persona de la Trinidad Beatísima, y hombre perfecto. Trae la salvación, y no la destrucción de la naturaleza; y aprendemos de El que no es cristiano comportarse mal con el hombre, criatura de Dios, hecho **a su imagen y semejanza**<sup>5</sup>.

4. Símbolo Atanasiano

5. Genes. I, 26

## VIRTUDES HUMANAS

**C**IERTA mentalidad laicista y otras maneras de pensar que podríamos llamar **pietistas**, coinciden en no considerar al cristiano como hombre entero y pleno. Para los primeros, las exigencias del Evangelio sofocarían las cualidades humanas; para los otros, la naturaleza caída pondría en peligro la pureza de la fe. El resultado es el mismo: desconocer la hondura de la Encarnación de Cristo, ignorar que **el Verbo se hizo carne, hombre, y habitó en medio de nosotros**<sup>6</sup>.

    Mi experiencia de hombre, de cristiano y de sacerdote me enseña todo lo

6. Joan. I, 14

contrario: no existe corazón, por metido que esté en el pecado. que no esconda, como el rescoldo entre las cenizas, una lumbre de nobleza. Y cuando he golpeado en esos corazones, a solas y con la palabra de Cristo, han respondido siempre.

En este mundo, muchos no tratan a Dios; son criaturas que quizá no han tenido ocasión de escuchar la palabra divina o que la han olvidado. Pero sus disposiciones son humanamente sinceras, leales, compasivas, honradas. Y yo me atrevo a afirmar que quien reúne esas condiciones está a punto de ser generoso con Dios, porque las virtudes humanas componen el fundamento de las sobrenaturales.

Es verdad que no basta esa capacidad personal: nadie se salva sin la gracia de Cristo. Pero si el individuo conserva y cultiva un principio de rectitud, Dios le allanará el camino; y podrá ser

santo porque ha sabido vivir como hombre de bien.

Habréis, quizá, observado otros casos, en cierto sentido contrapuestos: tantos que se dicen cristianos —porque han sido bautizados y reciben otros Sacramentos—, pero que se muestran desleales, mentirosos, insinceros, soberbios. Y caen de golpe. Parecen estrellas que brillan un momento en el cielo y, de pronto, se precipitan irremisiblemente.

Si aceptamos nuestra responsabilidad de hijos suyos, Dios nos quiere muy humanos. Que la cabeza toque el cielo, pero que las plantas pisen bien seguras en la tierra. El precio de vivir en cristiano no es dejar de ser hombres o abdicar del esfuerzo por adquirir esas virtudes que algunos tienen, aún sin conocer a Cristo. El precio de cada cristiano es la Sangre redentora de Nuestro Señor, que nos quiere —insisto— muy humanos y muy divinos, con el empeño

diario de imitarle a El, que es **perfectus Deus, perfectus homo.**

No sabría determinar cuál es la principal virtud humana: depende del punto de vista desde el que se mire. Además, la cuestión resulta ociosa, porque no consiste en practicar una o unas cuantas virtudes: es preciso luchar por adquirirlas y practicarlas todas. Cada una se entrelaza con las demás, y así, el esfuerzo por ser sinceros, nos hace justos, alegres, prudentes, serenos.

Tampoco me acaban de convencer esas formas de discurrir. que distinguen las virtudes personales de las virtudes sociales. No cabe virtud alguna que pueda facilitar el egoísmo; cada una redundaría necesariamente en bien de nuestra alma y de las almas de los que nos rodean. Hombres todos, y todos hijos de Dios, no podemos concebir nuestra vida como la afanosa preparación de un brillante **curriculum**, de una lucida carrera. Todos hemos de sentirnos soli-

darios y, en el orden de la gracia, estamos unidos por los lazos sobrenaturales de la Comunión de los Santos.

A la vez, hemos de considerar que la decisión y la responsabilidad están en la libertad personal de cada uno, y por eso las virtudes son también radicalmente personales, **de la persona**. Sin embargo, en esa batalla de amor nadie pelea solo —ninguno es un verso suelto, suelo repetir—: de alguna manera, nos ayudamos o nos perjudicamos. Todos somos eslabones de una misma cadena. Pide ahora conmigo, a Dios Señor Nuestro, que esa cadena nos ancle en su Corazón, hasta que llegue el día de contemplarle cara a cara en el Cielo para siempre.

**FORTALEZA. SERENIDAD,**

**PACIENCIA. MAGNANIMIDAD**

**V**AMOS a considerar algunas de estas virtudes humanas. Mientras yo hable, vosotros, por vuestra cuenta, mantened el diálogo con Nuestro Señor: rogadle que nos ayude a todos, que nos anime a profundizar hoy en el misterio de su Encarnación, para que también nosotros, en nuestra carne, sepamos ser entre los hombres testimonio vivo del que ha venido para salvarnos.

El camino del cristiano, el de cualquier hombre, no es fácil. Ciertamente, en determinadas épocas, parece que todo se cumple según nuestras previsiones; pero ésto habitualmente dura poco. Vivir es enfrentarse con dificultades, sentir en el corazón alegrías y sinsabo-

res; y en esta fragua el hombre puede adquirir fortaleza, paciencia, magnanimidad, serenidad.

Es fuerte el que persevera en el cumplimiento de lo que entiende que debe hacer, según su conciencia; el que no mide el valor de una tarea exclusivamente por los beneficios que recibe, sino por el servicio que presta a los demás. El fuerte, a veces, sufre, pero resiste; llora quizá, pero se bebe sus lágrimas. Cuando la contradicción arrecia, no se dobla. Recordad el ejemplo que nos narra el libro de los Macabeos: aquel anciano, Eleazar, que prefiere morir antes que quebrantar la ley de Dios. **Animosamente entregaré la vida y me mostraré digno de mi vejez, dejando a los jóvenes un ejemplo noble, para morir valiente y generosamente por nuestras venerables y santas leyes<sup>7</sup>.**

El que sabe ser fuerte no se mueve por la prisa de cobrar el fruto de su vir-

---

7. II Mac. VI, 27-28

tud; es paciente. La fortaleza nos conduce a saborear esa virtud humana y divina de la paciencia. **Mediante la paciencia vuestra, poseeréis vuestras almas (Luc. XXI, 19).** La posesión del alma es puesta en la paciencia que, en efecto, es raíz y custodia de todas las virtudes. Nosotros poseemos el alma con la paciencia porque, aprendiendo a dominarnos a nosotros mismos, comenzamos a poseer aquello que somos<sup>8</sup>. Y es esta paciencia la que nos impulsa a ser comprensivos con los demás. persuadidos de que las almas, como el buen vino, se mejoran con el tiempo.

Fuertes y pacientes: serenos. Pero no con la serenidad del que compra la propia tranquilidad a costa de desinteresarse de sus hermanos o de la gran tarea, que a todos corresponde, de difundir sin tasa el bien por el mundo entero. Serenos porque siempre hay perdón, porque todo encuentra remedio.

---

8. SAN GREGORIO MAGNO, *Hom in Ev.*, 35, 4

menos la muerte y, para los hijos de Dios, la muerte es vida. Serenos, aunque sólo fuese para poder actuar con inteligencia: quien conserva la calma está en condiciones de pensar, de estudiar los pros y los contras, de examinar juiciosamente los resultados de las acciones previstas. Y después, sosegadamente, interviene con decisión.

Estamos enumerando con rapidez algunas virtudes humanas. Sé que, en vuestra oración al Señor, aflorarán otras muchas. Yo quisiera detenerme ahora unos instantes en una cualidad maravillosa: la magnanimidad.

Magnanimidad: ánimo grande, alma amplia en la que caben muchos. Es la fuerza que nos dispone a salir de nosotros mismos, para prepararnos a emprender obras valiosas, en beneficio de todos. No anida la estrechez en el magnánimo; no media la cicatería, ni el cálculo egoísta, ni la trapisonda interesa-

da. El magnánimo dedica sin reservas sus fuerzas a lo que vale la pena; por eso es capaz de entregarse él mismo. No se conforma con dar: **se da**. Y logra entender entonces la mayor muestra de magnanimidad: darse a Dios.

## LABORIOSIDAD, DILIGENCIA

**H**AY dos virtudes humanas —la laboriosidad y la diligencia— que se confunden en una sola: en el empeño por sacar partido a los talentos que cada uno ha recibido de Dios. Son virtudes porque inducen a acabar las cosas bien. Porque el trabajo —lo vengo predicando desde 1928— no es una maldición, ni un castigo del pecado. El Génesis habla de esa realidad, antes de que Adán se hubiera rebelado contra Dios<sup>9</sup>. En los planes del Señor, el hombre habría de trabajar siempre, cooperando así en la inmensa tarea de la creación.

El que es laborioso aprovecha el tiempo, que no sólo es oro, ¡es gloria de

9. Cfr. Genes. II, 15

Dios! Hace lo que debe y está en lo que haces, no por rutina, ni por ocupar las horas, sino como fruto de una reflexión atenta y ponderada. Por eso es diligente. El uso normal de esta palabra —diligente— nos evoca ya su origen latino. Diligente viene del verbo **diligo**, que es amar, apreciar, escoger como fruto de una atención esmerada y cuidadosa. No es diligente el que se precipita, sino el que trabaja con amor, primorosamente.

Nuestro Señor, perfecto hombre, eligió una labor manual, que realizó delicada y entrañablemente durante la casi totalidad de los años que permaneció en la tierra. Ejercitó su ocupación de artesano entre los otros habitantes de su aldea, y aquel quehacer humano y divino nos ha demostrado claramente que la actividad ordinaria no es un detalle de poca importancia, sino el quicio de nuestra santificación, ocasión continua para encontrarnos con Dios y alabarle y glorificarle con la operación de nuestra inteligencia o la de nuestras manos.

## VERACIDAD Y JUSTICIA

LAS virtudes humanas exigen de nosotros un esfuerzo continuado, porque no es fácil mantener durante largo tiempo un temple de honradez ante las situaciones que parecen comprometer la propia seguridad. Fijaos en la limpia faceta de la veracidad: ¿será cierto que ha caído en desuso? ¿Ha triunfado definitivamente la conducta de compromiso, el **dorar la píldora y montar la piedra**? Se teme a la verdad. Por eso se acude a un expediente mezquino: afirmar que nadie vive y dice la verdad, que todos recurren a la simulación y a la mentira.

Por fortuna no es así. Existen muchas personas —cristianos y no cristia-

nos— decididas a sacrificar su honra y su fama por la verdad, que no se agitan en un salto continuo para buscar el **sol que más calienta**. Son los mismos que, porque aman la sinceridad, saben rectificar cuando descubren que se han equivocado. No rectifica el que empieza mintiendo, el que ha convertido la verdad sólo en una palabra sonora para encubrir sus claudicaciones.

Si somos veraces, seremos justos. No me cansaría jamás de referirme a la justicia, pero aquí sólo podemos trazar algunos rasgos, sin perder de vista cuál es la finalidad de todas estas reflexiones: edificar una vida interior real y auténtica sobre los cimientos profundos de las virtudes humanas. Justicia es dar a cada uno lo suyo; pero yo añadiría que esto no basta. Por mucho que cada uno merezca, hay que darle más, porque cada alma es una obra maestra de Dios.

La mejor caridad está en excederse generosamente en la justicia; caridad que suele pasar inadvertida, pero que es fecunda en el Cielo y en la tierra. Es una equivocación pensar que las expresiones **término medio** o **justo medio**, como algo característico de las virtudes morales, significan mediocridad: algo así como la mitad de lo que es posible realizar. Ese medio entre el exceso y el defecto, es una cumbre, un punto álgido: lo mejor que la prudencia indica. Por otra parte, para las virtudes teológicas no se admiten equilibrios: no se puede creer, esperar o amar demasiado. Y ese amor sin límites a Dios revierte sobre quienes nos rodean, en abundancia de generosidad, de comprensión. de caridad.

## LOS FRUTOS DE LA TEMPLANZA

**T**EMPLANZA es señorío. No todo lo que experimentamos en el cuerpo y en el alma ha de resolverse a rienda suelta. No todo lo que se puede hacer se debe hacer. Resulta más cómodo dejarse arrastrar por los impulsos que llaman naturales; pero al final de ese camino se encuentra la tristeza, el aislamiento en la propia miseria.

Algunos no desean negar nada al estómago, a los ojos, a las manos; se niegan a escuchar a quien aconseje vivir una vida limpia. La facultad de engendrar —que es una realidad noble, participación en el poder creador de Dios— la utilizan desordenadamente. como un instrumento al servicio del egoísmo.

Pero no me ha gustado nunca hablar de impureza. Yo quiero considerar los frutos de la templanza, quiero ver al hombre verdaderamente hombre, que no está atado a las cosas que brillan sin valor, como las baratijas que recoge la urraca. Ese hombre sabe prescindir de lo que produce daño a su alma, y se da cuenta de que el sacrificio es sólo aparente: porque al vivir así —con sacrificio— se libra de muchas esclavitudes y logra, en lo íntimo de su corazón, saborear todo el amor de Dios.

La vida recobra entonces los matices que la destemplanza difumina; se está en condiciones de preocuparse de los demás, de compartir lo propio con todos, de dedicarse a tareas grandes. La templanza cría al alma sobria, modesta, comprensiva; le facilita un natural recato que es siempre atractivo, porque se nota en la conducta el señorío de la inteligencia. La templanza no supone limitación, sino grandeza. Hay mucha

más privación en la destemplanza, en la que el corazón abdica de sí mismo, para servir al primero que le presente el pobre sonido de unos cencerros de lata.

## LA SABIDURIA DEL CORAZON

**E**L sabio de corazón será llamado prudente<sup>10</sup>, se lee en el libro de los Proverbios. No entenderíamos la prudencia si la concibiésemos como pusilanimidad y falta de audacia. La prudencia se manifiesta en el hábito que inclina a actuar bien: a clarificar el fin y a buscar los medios más convenientes para alcanzarlo.

Pero la prudencia no es un valor supremo. Hemos de preguntarnos siempre: prudencia, ¿para qué? Porque existe una falsa prudencia —que más bien debemos llamar astucia— que está al servicio del egoísmo, que aprovecha los

---

10. Prov. XVI, 21

recursos más aptos para alcanzar fines torcidos. Usar entonces de mucha perspicacia no lleva más que a agravar la mala disposición y a merecer aquel reproche que San Agustín formulaba, predicando al pueblo: **¿pretendes inclinar el corazón de Dios, que es siempre recto, para que se acomode a la perversidad del tuyo?**<sup>11</sup>. Esa es la falsa prudencia del que piensa que le sobran sus propias fuerzas para justificarse. **No queráis teneros dentro de vosotros mismos por prudentes, dice San Pablo, porque está escrito: destruiré la sabiduría de los sabios y la prudencia de los prudentes**<sup>12</sup>.

Santo Tomás señala tres actos de este buen hábito de la inteligencia: pedir consejo, juzgar rectamente y decidir<sup>13</sup>. El primer paso de la prudencia es el reconocimiento de la propia limitación: la

11. SAN AGUSTIN, En. in Ps., 63, 18

12. I Cor. I, 19

13. Cfr. SANTO TOMAS, S. Th., II-II, q. 47, a. 8

virtud de la humildad. Admitir, en determinadas cuestiones que no llegamos a todo, que no podemos abarcar, en tantos casos, circunstancias que es preciso no perder de vista a la hora de enjuiciar. Por eso acudimos a un consejero; pero no a uno cualquiera, sino a uno capacitado y animado por nuestros mismos deseos sinceros de amar a Dios, de seguirle fielmente. No basta solicitar un parecer; hemos de dirigirnos a quien pueda dárnoslo desinteresado y recto.

Después es necesario juzgar, porque la prudencia exige ordinariamente una determinación pronta, oportuna. Si a veces es prudente retrasar la decisión hasta que se completen todos los elementos de juicio, en otras ocasiones sería gran imprudencia no comenzar a poner por obra, cuanto antes, lo que vemos que se debe hacer; especialmente cuando está en juego el bien de los demás.

Esta sabiduría de corazón, esta prudencia no se convertirá nunca en la pru-

dencia de la carne a la que se refiere San Pablo<sup>14</sup>; la de aquellos que tienen inteligencia, pero procuran no utilizarla para descubrir y amar al Señor. La verdadera prudencia es la que permanece atenta a las insinuaciones de Dios y, en esa vigilante escucha, recibe en el alma promesas y realidades de salvación: **Yo te glorifico, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños**<sup>15</sup>.

Sabiduría de corazón que orienta y rige otras muchas virtudes. Por la prudencia el hombre es audaz, sin insensatez; no excusa, por ocultar razones de comodidad, el esfuerzo necesario para vivir plenamente según los designios de Dios. La templanza del prudente no es insensibilidad ni misantropía; su justi-

---

14. Cfr. Rom. VIII, 6

15. Matth. XI. 25

cia no es dureza; su paciencia no es servilismo.

No es prudente el que no se equivoca nunca, sino el que sabe rectificar sus errores. Es prudente porque prefiere no acertar veinte veces, antes que dejarse llevar de un cómodo abstencionismo. No obra con alocada precipitación o con absurda temeridad, pero se asume el riesgo de sus decisiones, y no renuncia a conseguir el bien por miedo a no acertar. En nuestra vida encontramos compañeros ponderados, que son objetivos, que no se apasionan inclinando la balanza hacia el lado que les conviene. De esas personas, casi instintivamente, nos fiamos; porque, sin presunción y sin ruidos de alharacas, proceden siempre bien, con rectitud.

Esta virtud cordial es indispensable en el cristiano; pero las últimas metas de la prudencia no son la concordia social o la tranquilidad de no provocar fricciones. El motivo fundamental es el

cumplimiento de la Voluntad de Dios, que nos quiere sencillos, pero no pueriles; amigos de la verdad, pero nunca aturdidos o ligeros. **El corazón prudente poseerá la ciencia**<sup>16</sup>; y esa ciencia es la del amor de Dios, el saber definitivo, el que puede salvarnos, trayendo a todas las criaturas frutos de paz y de comprensión y, para cada alma, la vida eterna.

---

16. Prov. XVIII, 15

## UN CAMINO ORDINARIO

**H**EMOS tratado de virtudes humanas. Y quizá alguno de vosotros pueda preguntarse: pero comportarse así, ¿no supone aislarse del ambiente normal, no es algo ajeno al mundo de todos los días? No. En ningún sitio está escrito que el cristiano debe ser un personaje extraño al mundo. Nuestro Señor Jesucristo, con obras y palabras, ha hecho el elogio de otra virtud humana que me es particularmente querida: la naturalidad, la sencillez.

Acordaos de cómo viene Nuestro Señor al mundo: como todos los hombres. Pasa su infancia y juventud en una aldea de Palestina, uno más entre sus conciudadanos. En los años de su vida

pública, se repite de continuo el eco de su existencia corriente transcurrida en Nazaret. Habla del trabajo, se preocupa de que sus discípulos descansen<sup>17</sup>; va al encuentro de todos y no rehúye la conversación con nadie; dice expresamente, a los que le seguían, que no impidan que los niños se acerquen a El<sup>18</sup>. Evocando, quizá, los tiempos de su infancia pone la comparación de los pequeños que juegan en la plaza pública<sup>19</sup>.

¿No es todo esto normal, natural, sencillo? ¿No puede vivirse en la vida ordinaria? Sucede, sin embargo, que los hombres suelen acostumbrarse a lo que es llano y ordinario, e inconscientemente buscan lo aparatoso, lo artificial. Lo habréis comprobado, como yo: se encomia, por ejemplo, el primor de unas rosas frescas, recién cortadas, de pétalos finos y olorosos. Y el comentario es: ¡parecen de trapo!

17. Cfr. Marc. VI, 31

18. Cfr. Luc. XVIII, 16

19. Cfr. Luc. VII, 32

La naturalidad y la sencillez son dos maravillosas virtudes humanas, que hacen al hombre capaz de recibir el mensaje de Cristo. Y, al contrario, todo lo enmarañado, lo complicado, las vueltas y revueltas en torno a uno mismo, construyen un muro que impide con frecuencia oír la voz del Señor. Recordad lo que Cristo echa en cara a los fariseos: se han metido en un mundo retorcido que exige pagar diezmos de la hierba buena, del eneldo y del comino, abandonando las obligaciones más esenciales de la ley, la justicia y la fe; se esmeran en colar todo lo que beben, para que no pase ni un mosquito, pero se tragan un camello<sup>20</sup>.

No. Ni la vida humana noble del que —sin culpa— no conoce a Jesucristo, ni la vida del cristiano deben ser raras, extrañas. Estas virtudes humanas, que estamos considerando hoy, conducen todas a la misma conclusión. Es verdade-

---

20. Cfr. Matth. XXIII, 23-24

ramente hombre el que se empeña en ser veraz, leal, sincero, fuerte, templado, generoso, sereno, justo, laborioso, paciente. Comportarse así puede resultar difícil, pero nunca extraño. Si algunos se asombrasen, sería porque miran con ojos turbios, nublados por una secreta cobardía, falta de reciedumbre.

## VIRTUDES HUMANAS Y

### VIRTUDES SOBRENATURALES

**C**UANDO un alma se esfuerza por cultivar las virtudes humanas, su corazón está ya muy cerca de Cristo. Y el cristiano percibe que las virtudes teologales —la fe, la esperanza, la caridad— y todas las otras que trae consigo la gracia de Dios, le impulsan a no descuidar nunca esas cualidades buenas que comparte con tantos hombres.

Las virtudes humanas —insisto— son el fundamento de las sobrenaturales; y éstas proporcionan siempre un nuevo empuje para desenvolverse con hombría de bien. Pero, en cualquier caso, no basta el afán de poseer esas virtudes: es preciso aprender a practicarlas. **Discite benefacere**<sup>21</sup>, aprended a

---

21. Isai. I, 17

hacer el bien. Hay que ejercitarse habitualmente en los actos correspondientes —hechos de sinceridad, de veracidad, de ecuanimidad, de serenidad, de paciencia—, porque obras son amores, y no cabe amar a Dios sólo de palabra, sino **con obras y de verdad**<sup>22</sup>.

Si el cristiano lucha por adquirir estas virtudes, su alma se dispone a recibir eficazmente la gracia del Espíritu Santo: y las buenas cualidades humanas se refuerzan por las mociones que el Paráclito pone en su alma. La Tercera Persona de la Trinidad Beatísima —**dulce huésped del alma**<sup>23</sup>— regala sus dones: don de sabiduría, de entendimiento, de consejo, de fortaleza, de ciencia, de piedad, de temor de Dios<sup>24</sup>.

Se notan entonces el gozo y la paz<sup>25</sup>, la paz gozosa, el júbilo interior con la

22. I Joan. III, 18

23. Secuencia **Veni, Sancte Spiritus**

24. Cfr. Isai. XI, 2

25. Cfr. Galat. V, 22

virtud humana de la alegría. Cuando imaginamos que todo se hunde ante nuestros ojos, no se hunde nada, porque **Tú eres, Señor. mi fortaleza**<sup>26</sup>. Si Dios habita en nuestra alma, todo lo demás, por importante que parezca, es accidental, transitorio; en cambio, nosotros, en Dios, somos lo permanente.

El Espíritu Santo, con el don de piedad, nos ayuda a considerarnos con certeza hijos de Dios. Y los hijos de Dios, ¿por qué vamos a estar tristes? La tristeza es la escoria del egoísmo; si queremos vivir para el Señor, no nos faltará la alegría, aunque descubramos nuestros errores y nuestras miserias. La alegría se mete en la vida de oración, hasta que no nos queda más remedio que romper a cantar: porque amamos, y cantar es cosa de enamorados.

Si vivimos así, realizaremos en el mundo una tarea de paz; sabremos ha-

26. Ps. LXII, 2

cer amables a los demás el servicio al Señor, porque **Dios ama al que da con alegría**<sup>27</sup>. El cristiano es uno más en la sociedad; pero de su corazón desbordará el gozo del que se propone cumplir, con la ayuda constante de la gracia, la Voluntad del Padre. Y no se siente víctima, ni capitidisminuido, ni coartado. Camina con la cabeza alta, porque es hombre y es hijo de Dios.

Nuestra fe confiere todo su relieve a estas virtudes que ninguna persona debería dejar de cultivar. Nadie puede ganar al cristiano en humanidad. Por eso el que sigue a Cristo es capaz —no por mérito propio, sino por gracia del Señor— de comunicar a los que le rodean lo que a veces barruntan, pero no logran entender: que la verdadera felicidad, el auténtico servicio al prójimo pasa sólo por el Corazón de Nuestro Redentor, **perfectus Deus, perfectus homo**.

27. II Cor. IX, 7

Acudamos a María, Madre nuestra, la criatura más excelente que ha salido de las manos de Dios. Pidámosle que nos haga hombres de bien y que esas virtudes humanas, engarzadas en la vida de la gracia, se conviertan en la mejor ayuda para los que, con nosotros, trabajan en el mundo por la paz y la felicidad de todos.

# Para que todos se salven

LA vocación cristiana, esta llamada personal del Señor, nos lleva a identificarnos con El. Pero no hay que olvidar que El ha venido a la tierra para redimir a todo el mundo, porque **quiere que los hombres se salven**<sup>1</sup>. No hay alma que no interese a Cristo. Cada una de ellas le ha costado el precio de su Sangre<sup>2</sup>.

Al considerar estas verdades, vuelve a mi cabeza aquella conversación entre los Apóstoles y el Maestro, momentos antes del milagro de la multiplicación de los panes. Había acompañado a Jesús una gran muchedumbre. Levanta

1. I Tim. II, 4

2. Cfr. I Petr. I, 18-19

Nuestro Señor los ojos y pregunta a Felipe: **¿dónde compraremos pan, para dar de comer a toda esa gente?**<sup>3</sup>. Felipe contesta, después de un cálculo rápido: **doscientos denarios de pan no bastan, para que cada uno tome un bocado**<sup>4</sup>. No tienen tanto dinero: han de acudir a una solución casera. **Dícele uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro: aquí está un muchacho que ha traído cinco panes de cebada y dos peces; pero, ¿qué es esto para tanta gente?**<sup>5</sup>

3. Joan. VI, 5

4. Joan. VI, 7

5. Joan. VI, 8-9

## EL FERMENTO Y LA MASA

**N**OSOTROS queremos seguir al Señor, y deseamos difundir su Palabra. Humanamente hablando, es lógico que nos preguntemos también: pero, ¿qué somos, para tanta gente? En comparación con el número de habitantes de la tierra, aunque nos contemos por millones, somos pocos. Por eso, nos hemos de ver como una pequeña levadura que está preparada y dispuesta para hacer el bien a la humanidad entera, recordando las palabras del Apóstol: **un poco de levadura fermenta toda la masa**<sup>6</sup>, la transforma. Necesitamos aprender a ser ese fermento, esa levadura, para modificar y transformar la multitud.

6. I Cor. V. 6

¿Acaso el fermento es naturalmente mejor que la masa? No. Pero la levadura es el medio para que la masa se elabore, convirtiéndose en alimento comestible y sano.

Pensad, aunque sea a grandes rasgos, en la acción eficaz del fermento, que sirve para confeccionar el pan, sustento base, sencillo, al alcance de todos. En tantos sitios —quizá lo habéis presenciado— la preparación de la hornada es una verdadera ceremonia, que obtiene un producto estupendo, sabroso, que entra por los ojos.

Escogen harina buena; si pueden, de la mejor clase. Trabajan la masa en la artesa. para mezclarla con el fermento, en una larga y paciente labor. Después, un tiempo en reposo, imprescindible para que la levadura complete su misión, hinchando la pasta.

Mientras tanto, arde el fuego del horno, animado por la leña que se con-

sume. Y esa masa, metida al calor de la lumbre, proporciona ese pan tierno, esponjoso, de gran calidad. Un resultado imposible de alcanzar sin la intervención de la levadura —poca cantidad—, que se ha diluido, desapareciendo entre los demás elementos en una labor eficiente, que pasa inadvertida.

Si meditamos con sentido espiritual ese texto de San Pablo, entenderemos que no tenemos más remedio que trabajar, al servicio de todas las almas. Otra cosa sería egoísmo. Si miramos nuestra vida con humildad, distinguiremos claramente que el Señor nos ha concedido, además de la gracia de la fe, talentos, cualidades. Ninguno de nosotros es un ejemplar repetido: Nuestro Padre nos ha creado uno a uno, repartiendo entre sus hijos un número diverso de bienes. Hemos de poner esos talentos, esas cualidades, al servicio de todos: utilizar esos dones de Dios como instrumentos para ayudar a descubrir a Cristo.

No imaginéis que es este afán como una añadidura, para bordear con una filigrana nuestra condición de cristianos. Si la levadura no fermenta, se pudre. Puede desaparecer reavivando la masa, pero puede también desaparecer porque se pierde, en un monumento a la ineficacia y al egoísmo. No prestamos un favor a Dios Nuestro Señor, cuando lo damos a conocer a los demás: **por predicar el Evangelio no tengo gloria, pues estoy por necesidad obligado, por el mandato de Jesucristo; y desventurado de mí si no lo predicare**<sup>7</sup>.

---

7. I Cor. IX, 16

## FAENAS DE PESCA

**H**E aquí, promete el Señor, que yo enviaré muchos pescadores y pescaré escs peces<sup>8</sup>. Así nos concreta la gran labor: pescar. Se habla o se escribe a veces sobre el mundo, comparándolo a un mar. Y hay verdad en esa comparación. En la vida humana, como en el mar, existen períodos de calma y de borrasca, de tranquilidad y de vientos fuertes. Con frecuencia, las criaturas están nadando en aguas amargas, en medio de olas grandes; caminan entre tormentas, en una triste carrera, aún cuando parece que tienen alegría, aún cuando producen mucho ruido: son carcajadas que quieren encubrir su desaliento,

---

8. Jerem. XVI, 16

su disgusto, su vida sin caridad y sin comprensión. Se devoran unos a otros, los hombres como los peces.

Es tarea de los hijos de Dios lograr que todos los hombres entren —en libertad— dentro de la red divina, para que se amen. Si somos cristianos, hemos de convertirnos en esos pescadores que describe el profeta Jeremías, con una metáfora que empleó también repetidamente Jesucristo: **seguidme. y yo haré que vengáis a ser pescadores de hombres**<sup>9</sup>, dice a Pedro y a Andrés.

Vamos a acompañar a Cristo en esta pesca divina. Jesús está junto al lago de Genesaret y las gentes se agolpan a su alrededor, **ansiosas de escuchar la palabra de Dios**<sup>10</sup>. ¡Como hoy! ¡No lo veis? Están deseando oír el mensaje de Dios, aunque externamente lo disimulen. Quizá algunos han olvidado la doctrina de Cristo; otros —sin culpa de su parte—

---

9. Matth. IV, 19

10. Luc. V, 1

no la aprendieron nunca, y piensan en la realidad siempre actual: llega siempre un momento en el que el alma no puede más, no le bastan las explicaciones habituales, no le satisfacen las mentiras de los falsos profetas. Y, aunque no lo admitan entonces, esas personas sienten hambre de saciar su inquietud con la enseñanza del Señor.

Dejemos que narre San Lucas: **en esto vio dos barcas a la orilla del lago, cuyos pescadores habían bajado, y estaban lavando las redes. Subiendo, pues, en una, que era de Simón, pidióle que la desviase un poco de tierra. Y sentándose dentro, predicaba desde la barca al numeroso concurso<sup>11</sup>. Cuando acabó su catequesis, ordenó a Simón: **guía mar adentro, y echad vuestras redes para pescar<sup>12</sup>**. Es Cristo el amo de la barca; es El el que prepara la faena: para eso ha venido al mundo, para ocuparse**

---

11. Luc. V, 2-3

12. Luc. V, 4

de que sus hermanos encuentren el camino de la gloria y del amor al Padre. El apostolado cristiano no lo hemos inventado nosotros. Los hombres, si acaso, lo obstaculizamos: con nuestra torpeza, con nuestra falta de fe.

**Replicóle Simón: Maestro, durante toda la noche hemos estado fatigándonos, y nada hemos cogido<sup>13</sup>. La contestación parece razonable. Pescaban, ordinariamente en esas horas; y, precisamente en aquella ocasión, la noche había sido infructuosa. ¿Cómo pescar de día? Pero Pedro tiene fe: **no obstante, sobre tu palabra echaré la red<sup>14</sup>**. Decide proceder como Cristo le ha sugerido; se compromete a trabajar fiado en la Palabra del Señor. ¿Qué sucede entonces? **Habiéndolo hecho, recogieron tan gran cantidad de peces, que la red se rompía. Por lo que hicieron señas a los compañeros de la otra barca, para que vinie-****

13. Luc. V, 5

14. Luc. V, 5

sen y les ayudasen. Se acercaron inmediatamente y llenaron tanto las dos barcas, que faltó poco para que se hundiesen<sup>15</sup>.

Jesús, al salir a la mar con sus discípulos, no miraba sólo a esta pesca. Por eso, cuando Pedro se arroja a sus pies y confiesa con humildad: **apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador**. Nuestro Señor responde: **no temas, de hoy en adelante serán hombres los que has de pescar**<sup>16</sup>. Y en esa nueva pesca, tampoco fallará toda la eficacia divina: instrumentos de grandes prodigios son los apóstoles, a pesar de sus personales miserias.

15. Luc. V, 6-7

16. Luc. V, 10

## SE REPETIRAN LOS MILAGROS

**T**AMBIEN a nosotros. si luchamos diariamente por alcanzar la santidad cada uno en su propio estado dentro del mundo y en el ejercicio de la propia profesión, en nuestra vida ordinaria, me atrevo a asegurar que el Señor nos hará instrumentos capaces de obrar milagros y, si fuera preciso, de los más extraordinarios. Daremos luz a los ciegos. ¿Quién no podría contar mil casos de cómo un ciego casi de nacimiento, recobra la vista, recibe todo el esplendor de la luz de Cristo? Y otro sordo, y otro mudo, que no podían escuchar o articular una palabra como hijos de Dios. Y se han purificado sus sentidos, y escuchan y se expresan ya como hombres, no como bestias. **In nomine**

**Iesu**<sup>17</sup>, en el nombre de Jesús sus Apóstoles dan la facultad de moverse a aquel lisiado, incapaz de una acción útil; y aquel otro poltrón, que conocía sus obligaciones pero no las cumplía... En nombre del Señor, **surge et ambula**<sup>18</sup>, levántate y anda.

El otro, difunto, podrido, que olía a cadáver, ha percibido la voz de Dios, como en el milagro del hijo de la viuda de Naím: **muchacho, yo te lo mando, levántate**<sup>19</sup>. Milagros como Cristo, milagros como los primeros Apóstoles haremos. Quizá éramos ciegos, o sordos, o lisiados, o hedíamos a muerto, y la palabra del Señor nos ha levantado de nuestra postración. Si amamos a Cristo, si lo seguimos sinceramente, si no nos buscamos a nosotros mismos sino sólo a El, en su nombre podremos transmitir a otros, gratis, lo que gratis se nos ha concedido.

---

17. Act. III, 6

18. Act. III, 6

19. Luce. VII, 14

He predicado constantemente esta posibilidad, sobrenatural y humana. que Nuestro Señor pone en las manos de sus hijos: participar en la Redención operada por Cristo. Me llena de alegría encontrar esta doctrina en los textos de los Padres de la Iglesia. San Gregorio Magno precisa: **los cristianos quitan las serpientes, cuando desarraigan el mal del corazón de los demás con su exhortación al bien. . . La imposición de las manos sobre los enfermos para curarlos, se da cuando se observa que el prójimo se debilita en la práctica del bien y se le ofrece ayuda de mil maneras, rebusteciéndole en virtud del ejemplo. Estos milagros son tanto más grandes en cuanto que suceden en el campo espiritual, trayendo la vida no a los cuerpos sino a las almas. También vosotros, si no os abandonáis, podréis obrar estos prodigios, con la ayuda de Dios<sup>20</sup>.**

---

20. SAN GREGORIO MAGNO, Hom. in Ev., 29, 4

Dios quiere que todos se salven: esto es una invitación y una responsabilidad, que pesan sobre cada uno de nosotros. La Iglesia no es un reducto para privilegiados. **¿Acaso la gran Iglesia es una exigua parte de la tierra? La gran Iglesia es el mundo entero<sup>21</sup>.** Así escribía San Agustín, y añadía: **a cualquier sitio que te dirijas, allí está Cristo. Tienes por heredad los confines de la tierra; ven, poséela toda conmigo<sup>22</sup>.** ¿Os acordáis de cómo estaban las redes? Cargadas hasta rebosar: no cabían más peces. Dios espera ardientemente que se llene su casa<sup>23</sup>; es Padre, y le gusta vivir con todos sus hijos alrededor.

21. SAN AGUSTIN, En. in Ps., 21, 2, 26

22. SAN AGUSTIN, En. in Ps., 21, 2, 30

23. Cfr. Luc. XIV, 23

## APOSTOLADO EN LA

### VIDA ORDINARIA

**V**EAMOS ahora aquella otra pesca, después de la Pasión y Muerte de Jesucristo. Pedro ha negado tres veces al Maestro, y ha llorado con humilde dolor; el gallo con su canto le recordó las advertencias del Señor, y pidió perdón desde el fondo de su alma. Mientras espera, contrito, en la promesa de la Resurrección, ejercita su oficio, y va a pescar. **A propósito de esta pesca, se nos pregunta con frecuencia por qué Pedro y los hijos de Zebedeo volvieron a la ocupación que tenían antes de que el Señor los llamase. Eran, en efecto, pescadores cuando Jesús les dijo: seguidme, y os haré pescadores de hombres. A los que se sorprenden de esta**

**conducta, se debe responder que no estaba prohibido a los Apóstoles ejercer su profesión, tratándose de cosa legítima y honesta<sup>24</sup>.**

El apostolado, esa ansia que come las entrañas del cristiano corriente, no es algo diverso de la tarea de todos los días: se confunde con ese mismo trabajo, convertido en ocasión de un encuentro personal con Cristo. En esa labor, al esforzarnos codo con codo en los mismos afanes con nuestros compañeros, con nuestros amigos, con nuestros parientes, podremos ayudarles a llegar a Cristo, que nos espera en la orilla del lago. Antes de ser apóstol, pescador. Después de apóstol, pescador. La misma profesión que antes, después.

¿Qué cambia entonces? Cambia que en el alma —porque en ella ha entrado Cristo, como subió a la barca de Pedro— se presentan horizontes más am-

---

24. SAN AGUSTIN, In Joan. Ev. tract., 122, 2

plios, más ambición de servicio, y un deseo irreprimible de anunciar a todas las criaturas las **magnalia Dei**<sup>25</sup>, las cosas maravillosas que hace el Señor, si le dejamos hacer. No puedo silenciar que, **el trabajo** —por decirlo así— **profesional** de los sacerdotes es un **ministerio divino y público**, que abraza exigentemente toda la actividad hasta el punto que, en general, si a un sacerdote le sobra tiempo para otra labor que no sea propiamente sacerdotal, puede estar seguro de que no cumple el deber de su ministerio.

**Hallábanse juntos Simón Pedro, y Tomás, llamado Dídimo, y Natanael, que era de Caná de Galilea y los hijos del Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. Díceles Simón Pedro: voy a pescar. Ellos respondieron. Vamos también nosotros contigo. Fueron, pues, y entraron en la barca; y aquella noche no cogieron**

25. Act. II, 11

nada. Venida la mañana, se apareció Jesús en la ribera<sup>26</sup>.

Pasa al lado de sus Apóstoles, junto a esas almas que se han entregado a El: y ellos no se dan cuenta. ¡Cuántas veces está Cristo, no cerca de nosotros, sino en nosotros; y vivimos una vida tan humana! Cristo está vecino, y no se lleva una mirada de cariño, una palabra de amor, una obra de celo de sus hijos.

Los discípulos —escribe San Juan— no concieron que fuese El. Y Jesús les preguntó: **muchachos, ¿tenéis algo que comer?**<sup>27</sup>. Esta escena familiar de Cristo, a mí, me hace gozar. ¡Que diga esto Jesucristo, Dios! ¡El, que ya tiene cuerpo glorioso! **Echad la red a la derecha y encontraréis. Echaron la red, y ya no podían sacarla por la multitud de peces que había**<sup>28</sup>. Ahora entienden. Vuelve a la cabeza de aquellos discípulos lo que

26. Joan. XXI, 2-3

27. Joan. XXI, 5

28. Joan. XXI, 6

en tantas ocasiones, han escuchado de los labios del Maestro: pescadores de hombres, apóstoles. Y comprenden que todo es posible, porque El es quien dirige la pesca.

**Entonces, el discípulo aquel que Jesús amaba se dirige a Pedro: es el Señor<sup>29</sup>.** El amor, el amor lo ve de lejos. El amor es el primero que capta esas delicadezas. Aquel Apóstol adolescente, con el firme cariño que siente hacia Jesús, porque quería a Cristo con toda la pureza y toda la ternura de un corazón que no ha estado corrompido nunca, exclamó: ¡es el Señor!

**Simón Pedro apenas oyó es el Señor, vistióse la túnica y se echó al mar<sup>30</sup>.** Pedro es la fe. Y se lanza al mar, lleno de audacia de maravilla. Con el amor de Juan y la fe de Pedro, ¿hasta dónde llegaremos nosotros?

---

29. Joan. XXI, 7

30. Joan. XXI, 7

## LAS ALMAS SON DE DIOS

**L**OS demás discípulos vinieron en la barca, tirando la red llena de peces, pues no estaban lejos de tierra, sino como a unos doscientos codos<sup>31</sup>. En seguida ponen la pesca a los pies del Señor, porque es suya. Para que aprendamos que las almas son de Dios, que nadie en esta tierra puede atribuirse esa propiedad. que el apostolado de la Iglesia —su anuncio y su realidad de salvación— no se basa en el prestigio de unas personas, sino en la gracia divina.

Jesucristo interroga a Pedro, por tres veces, como si quisiera darle una repetida posibilidad de reparar la tri-

31. Joan. XXI, 8

ple negación. Pedro ya ha aprendido, escarmentado en su propia miseria: está hondamente convencido de que sobran aquellos temerarios alardes, consciente de su debilidad. Por eso, pone todo en manos de Cristo. **Señor, tú sabes que te amo. Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo**<sup>32</sup>. Y ¿qué responde Cristo? **Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas**<sup>33</sup>. No las tuyas, no las vuestras: ¡las mías! Porque El ha creado al hombre, El lo ha redimido, El ha comprado cada alma, una a una, —lo repito— al precio de su Sangre.

Cuando los donatistas, en el siglo V, organizaban sus ataques contra los católicos, defendían la imposibilidad de que el obispo de Hipona, Agustín, profesase la verdad, porque había sido un gran pecador. Y San Agustín sugería, a sus hermanos en la fe, cómo habían de replicar: **Agustín es Obispo en la**

32. Joan. XXI, 15-17

33. Joan. XXI, 15-17

Iglesia Católica; él lleva su carga, de la que ha de dar cuenta a Dios. Lo conocí entre los buenos. Si es malo, él lo sabe; si es bueno, ni siquiera en él he depositado mi esperanza. Porque lo primero que he aprendido en la Iglesia Católica es a no poner mi esperanza en un hombre<sup>34</sup>.

No hacemos **nuestro** apostolado. En ese caso, ¿qué podríamos decir? Hacemos —porque Dios lo quiere, porque así nos lo ha mandado: **id por todo el mundo y predicad el Evangelio**<sup>35</sup>— el apostolado de Cristo. Los errores son nuestros; los frutos, del Señor.

34. SAN AGUSTIN, En. in Ps., 36, 3, 20

35. Marc. XVI, 15

## AUDACIA PARA HABLAR DE DIOS

¿Y cómo cumpliremos ese apostolado? Antes que nada, con el ejemplo, viviendo de acuerdo con la Voluntad del Padre, como Jesucristo, con su vida y sus enseñanzas, nos ha revelado. Verdadera fe es aquella que no permite que las palabras contradigan lo que se afirma con las palabras. Examinando nuestra conducta personal, debemos medir la autenticidad de nuestra fe. No somos sinceramente creyentes, si no nos esforzamos por realizar con nuestras acciones lo que confesamos con los labios.

Ahora viene a propósito traer a nuestra memoria la consideración de un episodio, que pone de manifiesto aquel estupendo vigor apostólico de los pri-

meros cristianos. No había pasado un cuarto de siglo desde que Jesús había subido a los cielos, y ya en muchas ciudades y poblados se propagaba su fama. A Efeso, llega un hombre llamado Apolo, **varón elocuente y versado en las Escrituras. Estaba instruido en el camino del Señor, predicaba con fervoroso espíritu y enseñaba exactamente todo lo perteneciente a Jesús, aunque no conocía más que el bautismo de Juan**<sup>36</sup>.

En la mente de ese hombre ya se había insinuado la luz de Cristo: había oído hablar de El, y lo anuncia a los otros. Pero aún le quedaba un poco de camino, para informarse más, alcanzar del todo la fe, y amar de veras al Señor. Escucha su conversación un matrimonio, Aquila y Priscila, los dos cristianos. y no permanecen inactivos e indiferentes. No se les ocurre pensar: éste ya sabe bastante, nadie nos llama a darle lecciones. Como eran almas con auténtica

---

36. Act. XVIII, 24-25

preocupación apostólica,, se acercaron a Apolo, se lo llevaron consigo y le instruyeron más a fondo en la doctrina del Señor<sup>37</sup>.

Admirad también el comportamiento de San Pablo. Prisionero por divulgar el enseñamiento de Cristo, no desaprovecha ninguna ocasión para difundir el Evangelio. Ante Festo y Agripa, no duda en declarar: **ayudado del auxilio de Dios, he perseverado hasta el día de hoy, testificando la verdad a grandes y pequeños, no predicando otra enseñanza que aquella que Moisés y los profetas predijeron que había de suceder: que Cristo había de padecer, y que sería el primero que resucitaría de entre los muertos, y había de mostrar su luz a este pueblo y a los gentiles**<sup>38</sup>.

El Apóstol no calla, no oculta su fe, ni su propaganda apostólica que había motivado el odio de sus perseguidores:

37. Act. XVIII, 26

38. Act. XXVI, 22-23

sigue anunciando la salvación a todas las gentes. Y, con una audacia maravillosa, se encara con Agripa: **¿crees tú en los profetas? Yo sé que crees en ellos<sup>39</sup>**. Cuando Agripa comenta: **poco falta para que me persuadas a hacerme cristiano, contestó Pablo: pluguiera a Dios, como deseo, que no solamente faltara poco, sino que no faltara nada, para que tú y todos cuantos me oyen llegáseis a ser hoy tales cual soy yo, salvo estas cadenas<sup>40</sup>**.

¿De dónde sacaba San Pablo esta fuerza? **Omnia possum in eo qui me confortat!**<sup>41</sup>, todo lo puedo, porque sólo Dios me da esta fe, esta esperanza, esta caridad. Me resulta muy difícil creer en la eficacia sobrenatural de un apostolado que no esté apoyado, centrado sólidamente, en una vida de continuo trato con el Señor. En medio del trabajo, sí;

---

39. Act. XXVI, 27

40. Act. XXVI, 28-29

41. Philip. IV, 13

en plena casa, o en mitad de la calle, con todos los problemas que cada día surgen, unos más importantes que otros. Allí, no fuera de allí, pero con el corazón en Dios. Y entonces nuestras palabras, nuestras acciones —¡hasta nuestras miserias!— desprenderán ese **bonus odor Christi**<sup>42</sup>, el buen olor de Cristo, que los demás hombres necesariamente advertirán: he aquí un cristiano.

Si admitieras la tentación de preguntarte, ¿quién me manda a mí meterme en esto?, habría que contestarte: te lo manda —te lo pide— el mismo Cristo. **La mies es mucha, y los obreros son pocos; rogad, pues, al dueño de la mies que envíe operarios a su mies**<sup>43</sup>. No concluyas cómodamente: yo para esto no sirvo, para esto ya hay otros; esas tareas me resultan extrañas. No, para esto, no hay otros; si tú pudieras decir eso, todos podrían decir lo mismo. El

---

42. II Cor. II. 15

43. Matth. IX, 37-38

ruego de Cristo se dirige a todos y a cada uno de los cristianos. Nadie está dispensado: ni por razones de edad, ni de salud, ni de ocupación. No existen excusas de ningún género. O producimos frutos de apostolado, o nuestra fe será estéril.

Además: ¿quién ha dispuesto que para hablar de Cristo, para difundir su doctrina, sea preciso hacer cosas raras, extrañas? Vive tu vida ordinaria; trabaja donde estás, procurando cumplir los deberes de tu estado, acabar bien la labor de tu profesión o de tu oficio, creciéndote, mejorando cada jornada. Sé leal, comprensivo con los demás y exigente contigo mismo. Sé mortificado y alegre. Ese será tu apostolado. Y, sin que tú encuentres motivos, por tu pobre miseria, los que te rodean vendrán a ti, y con una conversación natural, sencilla —a la salida del trabajo, en una reunión de familia, en el autobús, en un paseo, en cualquier parte— charla-

réis de inquietudes que están en el alma de todos, aunque a veces algunos no quieran darse cuenta: las irán entendiendo más, cuando comiencen a buscar de verdad a Dios.

Pídele a María. **Regina apostolorum**, que te decidas a ser partícipe de esos deseos **de siembra y de pesca**, que laten en el Corazón de su Hijo. Te aseguro que, si empiezas, verás, como los pescadores de Galilea, repleta la barca. Y a Cristo en la orilla, que te espera. Porque la pesca es suya.

## I N D I C E

<b>VIRTUDES HUMANAS</b> .....	8
<i>Fortaleza, serenidad, paciencia, magnanimidad</i> .....	13
<i>Laboriosidad, diligencia</i> .....	18
<i>Veracidad y justicia</i> .....	20
<i>Los frutos de la templanza</i> .....	23
<i>La sabiduría del corazón</i> .....	26
<i>Un camino ordinario</i> .....	32
<i>Virtudes humanas y virtudes sobrenaturales</i> .....	36
.....	
<b>PARA QUE TODOS SE SALVEN</b> .....	41
<i>El fermento y la masa</i> .....	43
<i>Faenas de pesca</i> .....	47
<i>Se repetirán los milagros</i> .....	52
<i>Apostolado en la vida ordinaria</i> .....	56
<i>Audacia para hablar de Dios</i> .....	64

**Este CUADERNO PROA  
se terminó de imprimir  
el día 15 de Octubre de 1973  
en los Talleres de la Imprenta Lourdes  
Viña del Mar - CHILE**

---

**Pedidos a:**

**LIBRERIA PROA LTDA.  
Mac Iver 140 - Teléfono 36534  
Santiago de Chile**

## CUADERNOS PROA

- 1.—VOCACION CRISTIANA  
Josemaría Escrivá de Balaguer
- 2.—EL FIN SOBRENATURAL DE  
LA IGLESIA  
Josemaría Escrivá de Balaguer
- 3.—COMO CONFESARSE BIEN  
Francisco Luna Luca de Tena
- 4.—MARXISMO Y CRISTIANISMO  
José Miguel Ibañez Langlois
- 5.—HACIA LA SANTIDAD  
Josemaría Escrivá de Balaguer
- 6.—EL RESPETO CRISTIANO A LA  
PERSONA Y SU LIBERTAD  
VIDA DE ORACION  
Josemaría Escrivá de Balaguer